

**CLAUDINE
COLBERT**

**BEN
LYON**

**el
FILM
de
HOY**

**A la
Sombra
de los Muelles**

**30
67**

AÑO I

NÚMERO 24

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

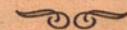
Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

A LA SOMBRA DE LOS MUELLES

Dramático asunto, interpretado por CLAUDETTE
COLBERT, BEN LYON, ERNEST TORRENCE, etc.

Es un film UNITED ARTISTS



Distribuido por

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 62
BARCELONA



Postal Regalo; ROBERTO REY

Prohibida la
reproducción

A la sombra de los muelles

Argumento de la película

Joseph Miller era un buen muchacho, redactor de un importante diario de la ciudad.

Llevaba algunos años ocupándose de la sección marítima y vivía en una casita contigua al puerto.

El joven sospechaba que se estaba realizando contrabando, pero a pesar de vivir ojo avizor, no había averiguado nada todavía.

Y los días se deslizaban con una monotonía irresistible. Para entretenerte escribía una novela, tan falta de interés como el ambiente que le rodeaba.

Cierta noche recibió la visita de Mc Coy, un antiguo amigo suyo y aspirante a periodista, y a pesar de su negativa, tuvo que acceder a que se instalara con él, dándole un puesto en la casita.

Un día le llamaron por teléfono desde el periódico.

—Tengo una pista para usted... Telephonean que una joven está bañándose en Santa Ana sin ropa.

—Entonces mande al redactor de modas... Déjeme en paz... Necesito dormir.

—No le pago para que duerma. Vaya allá. La denuncia la señora de la torre vecina... la 12... Vaya a ver lo que ocurre.

Contra su voluntad y después de librarse de Mc Coy, que pretendía acompañarle, se dirigió a hablar con la pudorosa dama que había hecho la denuncia.

—...Va sin ropa alguna. Es un escándalo... Y esto frente a mi casa.

De muy mal humor se encaminó hacia la playa, donde encontró un maillot abandonado y luego vió a una joven que debía ir desnuda y que procuraba cubrirse parcialmente tras un montículo de arena.

Ella, sonriente, le dijo:

—¿Quiere usted tener la bondad de darmel traje?

—Es suyo?

—De mi abuela, pero me lo deja usar.

—Entonces, ¿por qué no lo usa?

—Porque me gusta nadar sin él. ¿Y a usted no?

—No cambie de conversación... Estoy trabajando... No creerá que estoy aquí por gusto.

—¡Oh, perdóneme! Tenía la idea de que estaba aquí mirándome porque no llevaba ropa.

—Es que tengo que hacer una información sobre usted. Soy periodista. Ha habido quejas.

—Sí, los vecinos se quejan—añadió con ironía, señalando el despejado horizonte.

—Se quejan allá arriba. Un telescopio los convirtió en vecinos. Pero, ¿cómo se llama usted, señorita?

—Julia Kirk.

—¿Es usted hija de Eli Kirk, el pescador?

—La misma.

—Conozco a su padre... Bueno, tome usted el traje... Ya la veré a usted luego.

—Demasiado me ha visto ya...

Cuando regresó a su casa, comunicó por teléfono al diario.

—La chica se llama Kirk... Julia Kirk... Se baña en cueros porque quiere.

—¡Magnífico! Hincharemos la noticia.

—Lo único importante es que sea hija de Kirk... Ahí sí que hay asunto.

—Es perder el tiempo, amigo mío.

—No lo crea.

—Los guardacostas han estado vigilándole constantemente... y nada.

—En estas costas hay contrabando de chinos... y estoy seguro de que Kirk anda metido en ello. Tendré que dar esa información a otro periódico.

—Bueno, vaya tras Kirk... Pero si fracasa...

—Sé lo que tengo que hacer.

Y cambiando de humor, bromeó con Mc Coy y aun le hizo partícipe de sus temores y esperanzas.

* * *

Eli Kirk era uno de los pescadores más importantes... Pero su verdadera pesca no era la de tiburones ni atunes, sino la de carne humana. De Singapur embarcaba chinos, y por todos los medios imaginables los llevaba a América; trata asquerosa de carne amarilla, que había de servir luego para la esclavitud.

Aquella tarde regresaba al puerto trayendo convenientemente ocultos a varios chinos, vendidos por unos mercaderes. Sobre cubierta había uno que no parecía querer someterse al régimen de esclavitud a que le tenían sometido... Había sido embarcado por unos rufianes y anhelaba furiosamente la libertad.

Un guardacostas se acercó al barco, lanzando un cañonazo para advertir su presencia.

El amarillo comprendió e intentó gritar pidiendo auxilio.

Inmediatamente los tripulantes, a una orden de Kirk, se arrojaron contra él.

—Echadlo al mar atado a una cadena... Cuando éstos nos detengan, no conviene que flote nada por aquí.

Y sin que el pobre esclavo pudiera evitarlo, lo ataron y lo echaron al agua, hundiéndose rápidamente bajo el peso de las implacables argollas.

Poco después se presentaban a bordo los agentes de la autoridad, acompañados de Miller, que había venido a confirmar sus sospechas.

—¿Qué lleva a bordo?

—Pescado.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Me permitirá que registremos?

—Está a su disposición el barco.

—No perdamos tiempo.

Kirk vió al reporter y se echó a reír.

—¿Qué? ¿Buscando alguna historia sobre mí?

—Sí. Pienso hacerle famoso... que todos los periódicos publiquen su retrato.

—Si no le ocurre algo...

—Ya tengo escrito el final de la historia. Su necrología. Digo en ella que usted fué muy listo, Kirk, pero que tomaba dinero chino.

—Fantasías...

Volvieron los agentes de la autoridad y confesaron que todo estaba en orden. No sabían que algunos de los chinos estaban encerrados en el cuerpo vacío de unos tiburones preparados al efecto.

Kirk pudo regresar a su casa sin contratiempo, pero con una sombra de preocupación en el semblante... Temía que aquel atrevido Miller descubriera un día la verdad.

Abrazó estrechamente a su hija, quien le dijo:

—¿Tuviste suerte?

—¿Te parece poca suerte tenerme a ti?

—No te pongas sentimental, papá. ¿Tuviste buen viaje?

—Sí.

—¿No pican los peces?

—Ya lo creo que pican. Te he traído algo.

Y le mostró una magnífica bata, de la más pura seda oriental.

—¡Oh, qué cosa más preciosa!

Y premió a su padre con abrazos de gratitud y amor filial, que enterneциeron al viejo lobo.

* * *

Al otro día, Miller estaba en la barca de un viejo pescador amigo.

Sintió éste de pronto que había pescado un pez gordo, cuyo peso apenas podía sostener.

Tuvo que ser ayudado por Miller, y la sorpresa de los dos rayó en estupor cuando vieron que lo que habían pescado... era un chino... un hombre muerto, que llevaba en los pies una cadena...

Aquel hallazgo macabro les impresionó, y Miller dijo:

—Usted que sabe tanto de por aquí, ¿qué opina de eso?

—Este chinito no se arrolló a sí mismo la cadena... Con ella a los pies, poco podía saltar. Debieron sumergirlo y como ya está acostumbrado a eso, le sumergiré otra vez.

—No—dijo Miller—. Aquí se ha cometido un crimen.

—No se meta en honduras... El que leató esa cadena no se lo agradecerá.

Y mostró la cadena de fuertes argollas.

—Esta cadena la conozco—dijo el pescador—. Pertenece a Kirk... Creo que comprenderá ahora... Mejor es el silencio.

Pero Miller no fué de esa opinión, deseoso de encontrar ocasión que le permitiera castigar a Kirk... Y los dos hombres llevaron el cadáver a la comandancia del puerto, aunque por consejo del pescador, le quitaron la cadena.

Miller se dirigió al periódico, donde dió cuenta de sus sospechas.

Pero el director no le creyó.

—Tiene usted demasiada imaginación. Ahora quiere acusar a Eli Kirk de asesinato. Necesitamos más pruebas. No basta esa simple cadena.

—Pues bien; yo lo averiguaré. Tengo un medio para introducirme en la vida de ese hombre. Kirk tiene una hija... Ella debe saber... Corre usted con todos los gastos?

—¿Piensa enamorarla?

—Si es preciso...

—Haga lo que le parezca, pero no abuse demasiado.

Miller se dispuso a comenzar una enérgica campaña para averiguar lo que había de cierto en aquel contrabando amarillo.

Y Kirk, que se sentía espiado, manifestó a su hija su deseo de cambiar de residencia.

—No sé por qué, pero me encuentro intranquilo, nervioso... Además, aquí no pagan bien el pescado...

Su hija le miró con cierta severidad.

—¿No estarás metido en algún lío, padre?

—Nada de eso... Pero es que... no se gana mucho dinero... Mejor será que vayamos a otro sitio... Dentro de una semana o dos nos iremos.

—Como tú digas.

Kirk, aquella noche, se dirigió a la taberna del puerto,

lugar alégre donde unas cuantas mozas recreaban la vida de los parroquianos con su galante proceder.

Miller, que espiaba al pescador, se dirigió también a la taberna en compañía de Mc Coy, encantado de poder ayudarle en alguna cosa.

Vió cómo Kirk bromeaba con varias muchachas alegres y tocaba el piano y cantaba sin cesar. Después, en compañía



...llevaron el cadáver a la comandancia...

de otra de las mujeres, fué a beber champaña, botella tras botella, hasta quedar casi completamente borracho, lo que aprovechó la buena moza para quitarle el dinero que llevaba encima.

Los dos periodistas, sentados en un rincón, contemplaban la juerguecita y veían el gasto, excesivo para un pescador,

que hacía Kirk. ¡Aquel hombre debía tener ingresos extraordinarios, inconfesables!

De pronto apareció Julia, que había sospechado que su padre se encontraba en la taberna. Al verla entrar, Miller se dirigió a su encuentro, saludándola cariñosamente. Era simpática esa buena mocita, morena y ardiente, en cuyos ojos parecía haber llamadas de amor.

Ella rió al verle, pues a pesar de lo ocurrido, había conservado una indudable simpatía por el reporter. Pero, preocupada ahora con el estado de su padre, fué al encuentro de éste, separándole rudamente de los brazos de la mujerzuela.

Kirk no quiso seguirla.

—Vete a dormir, Julia... Déjame con Lucy... Lucy es estupenda... Una botella para Lucy... Champaña...

Pero Julia le riñó severamente y consiguió alejarle de allí.

La dueña del bar se dirigió a Kirk:

—Ha gastado usted ochenta dólares... Me dió cincuenta. Me faltan treinta aun.

—Tome el dinero que quiera... Pero... ¡eh! ¿Dónde está?

Y el borracho se palpaba los bolsillos, viendo con espanto que habían desaparecido los quinientos dólares que antes tenía.

—¡Me han robado!

Julia adivinó en la mirada de la mozuela algo anormal.

—Venga ese dinero—le gritó.

—¿Y a mí qué me cuenta?

—Le digo que me dé ese dinero... ¡ladrona!

Y arrojándose sobre ella, consiguió quitarle los dólares.

—Tome usted sus treinta dólares—dijo a la dueña—. Y ahora, a casa, padre, a dormir la borrachera...

Julia no podía con su padre. Miller intentó ayudarla, pero se vió rechazado por Kirk, quien, pistola en mano, le ame-

nazó. Mas por fin consiguieron calmarle y Kirk volvió a un estado de semiinconsciencia.

—¿Me permite que la ayude a llevarlo a su casa?— le dijo a Julia.

—Siento causarle esa molestia. ¡Este padre mío!

Mc Coy quiso intervenir también, pero Miller le rogó



...pistola en mano, le amenazó...

que se fuese, y Kirk salió de la taberna conducido por su hija y por el reporter.

Apenas se daba cuenta de la realidad y a punto estuvo de caer en tierra varias veces.

—Bueno va a estar para salir mañana de viaje—comentó ella.

—¿Va usted con él?

—No. No quiere mujeres a bordo. Dice que los peces no pican.

—Entonces le sobrará tiempo, ¿verdad? ¿Me dejaría aprovechar algo de él?

—¿Qué intenciones son las suyas?

—Buenas. Y románticas... como esta noche... Hermosa luna... una mujer bonita...

—Y un padre borracho...

Miller tuvo que confesar que aquella muchachita era sencillamente adorable. Deseaba averiguar la verdad y le sirvió de mediadora tan amable mujer...

Les acompañó hasta su casa, sin que Kirk se diera cuenta de su estado.

Quedaron en verse al otro día, y él se despidió, más preocupado casi por la belleza de Julia, que por las cosas de Kirk y su contrabando.

* * *

Al cabo de largo rato consiguió Julia que a su padre se le despejara la cabeza. Tuvo que darle de beber una medicina, con lo que se puso bien.

—Ya me encuentro mejor—dijo el viejo—. Aquí tienes el dinero. Lo guardaba para ti. Y, oye, niña, no quiero que vayas más a buscarme a aquel sitio.

—Entonces habría tenido que ir mañana a buscarte a la cárcel.

—¡Julia!... ¡Es verdad!... Que Dios te bendiga. ¡Y qué raro suena eso en mis labios! Debo estar borracho...

Descansó varias horas y al fin, al amanecer, despejado ya por completo, salió a reunirse con los tripulantes del velero para hacerse a la mar.

Y a la otra noche, tal como había prometido, Julia se encontró con Miller.

El periodista la contempló con cierta delectación, viéndola tan hermosa.

—¿Sabe que está preciosa cuando se baña... pero con ese kimono está superior?

—Es bonito, ¿verdad? Mi padre me lo trajo.

Siguieron departiendo cariñosamente...

—¿No le gusta el puerto?—le preguntó Julia.

—¿La costa? No... ¿Tiene algo que puede gustar?

—Sí—dijo ella, que iba sintiéndose atraída hacia el reportero—. Las noches de verano... Cuando el sol se pone, la cena ha terminado y las barcas encienden sus luces.

—Y atufan las sardinas... Y respira uno y huele a pescado, a brea y a aceite—agregó burlón—. El hedor de la ribera.

—Usted no escribe así de ella.

—¿Lee usted mis artículos? Son una sarta de tonterías...

—¿Por qué los escribe entonces?

—Para comer. Tengo una novela por terminar, hace cinco años.

—No me extraña.

—Algún día se lo diré. Pero no nos pongamos serios en una noche como ésta.

—Bueno. Pongámonos tontos. ¿Qué tal un beso? ¿No le gusta una escena de amor?

—Enamorémonos primero—advirtió ella sonriente.

Y tras aquella noche de dulce coloquio, vino otra, y otra, y otra... y poco a poco la amistad de los dos se fué estrechando cada vez más.

Miller fué un día al periódico, donde el director le censuró porque habían presentado varias facturas de flores.

—¿Qué se propone usted con tantos obsequios? ¿Casarse con ella?

—Si no le gusta, hágalo usted.

—Lleva usted tres días sin averiguar nada.

—Tenga un poco de paciencia. Verá qué pronto averiguo más. Sólo jugueteo con ella para pescar a su padre.

Mas, a pesar de sus propósitos, comenzó a ver que las cosas tomaban otro camino. Sin darse cuenta, se iba sintiendo enamorado de ella, y lamentaba que el padre de Julia estuviera en entredicho, pues de lo contrario se habría dedicado de una manera definitiva a la joven.

Pero ahora, mientras esperaba el regreso de Kirk, que había salido hacia una navegación de altura, celebraba largas entrevistas con su amiguita, que poco a poco iba entregándole el corazón.

Una tarde fueron a dar una vuelta por una parte del muelle donde estaba atracada una antigua galera.

Un empleado, junto a la escalera, hacía la propaganda de aquel barco convertido en museo.

—El más bello ejemplar que existe de las antiguas galeras. ¡Cuántas pobres almas han muerto torturadas bajo su sangrienta cubierta!... Visiten la Cámara de Tortura... cincuenta centavos...

Miller y su amiguita quisieron entrar y al exigirles la entrada, el periodista protestó enérgicamente:

—¿Cincuenta centavos? Soy Miller, del "Standard"...
He de escribir un artículo sobre este cacharro.

Entraron en la galera, desierta a la sazón. Admiraron los instrumentos de tortura...

El, sonriente, mostró un aparato a Julia, y le dijo:

—Aquí colgaban a uno por las muñecas... Verá usted...

Y colocó los brazos de Julia en forma de cruz, apresados a unas argollas.



—...te voy a dar un beso...

—Pero, no hay necesidad...—protestó ella.

—Es para que vea la realidad. Las manos y los pies atados. Había de ser terrible, ¿no?... Y, además, tampoco dejaban el cuello desnudo. Ponían esta correa y la apretaban a su alrededor... Así...

La tenía inmovilizada.

Ella le miraba sin comprender, un poco asustada de aquellos preparativos, pero pronto comprendió la razón, cuando él la dijo:

—Y ahora, grandísima pícara... te voy a dar un beso.

La besó, y Julia gustó de la caricia y aun le pareció encantador el ardido empleado por él.

Se besaron mucho, pero Miller la dejó en libertad al ver pasar a unas señoras, que se horrorizaron ante sus caricias. Despues continuaron visitando el barco, convertidos ya en los mejores amigos del mundo.

—El potro... siglo XVI—seguía él mostrándole los diversos instrumentos de tortura—. Este otro es un salón de manicura... Con estas cosas arrancaban las uñas... y no había que dar propina.

Y entre instrumentos de tortura siguieron besándose y juntando que se querían...

Julia le quería de veras, con la sencillez de la mujer que quiere por vez primera; a él le gustaba también aquella chica, pero lamentaba que tal cariño no fuera definitivo, ya que de lo que se trataba era de ir averiguando noticias del padre, por si conseguía confirmar las sospechas de contrabando.

* * *

El navío se encontraba en alta mar. El capitán continuaba en su deseo de cazar tiburones.

Algunos tripulantes, que ignoraban los verdaderos motivos que tenía Kirk para aquella caza mayor, protestaron, pero él no les hacía caso.

—Así de grandes los quiero... Tiburones que puedan tragarse a un hombre.

—Pero, capitán, ¿por qué pescar tiburones cuando hay tanto atún? Los tiburones no dan dinero...

—A nosotros, sí... Quiero algunos más, así de grandes... Sube al palo.

Uno de los marineros subió al palo mayor, y desde allí distinguió un enorme tiburón.

—Arreglad la cuerda del arpón—gritó Kirk—. No hay que fallar a ése.

Y el propio Kirk subió a una lancha, en compañía de otro marinero, para ir a clavar el arpón.

Hacía mucha marejada. Consiguieron, al cabo de prodigiosos esfuerzos, clavar el arpón a la fiera del mar, pero ésta empezó a correr y a arrastrar la barca, embistiendo a sus tripulantes.

Fueron momentos imponentes, de peligro gravísimo...

Desde el navío dispararon varias veces contra el cetáceo, consiguiendo al fin que éste dejase de atacar... Y acudieron en auxilio de los dos hombres, uno de los cuales se desangraba rápidamente.

Los subieron a bordo. Kirk no tenía nada, pero en cambio, el otro marinero se moría. En vano intentaron curarle;



En vano intentaron curarle...

se desangraba. Habían conseguido apresar al tiburón, que flotaba ahora a uno de los costados del buque, pero todo a costa de una vida humana.

—Quiero rezar—murmuraba el infeliz—. Capitán... cruz, una cruz...

—Vamos, no seas tonto.

—¡Una cruz! ¡Una cruz!

Impresionado, Kirk buscó por las paredes de la habitación

el símbolo augusto y sagrado, pero no vió más que estampas galantes... De pronto, descubrió la imagen de un San Antonio y se la dió al infeliz, que lloraba, sintiendo en su alma la necesidad, ante el tránsito, de una compañía espiritual.

—Mi Santo!... Mi buen Jesús... perdón por todos mis pecados...

Y así murió. Todos estaban conmovidos. Miraban al compañero con verdadero estupor. El capitán les gritó de súbito:

—¿No sabéis quitaros las gorras?
Y se descubrieron silenciosos ante la víctima.

* * *

Julia y Miller seguían viéndose. Cada vez estaba el reporter más prendado de la hija del contrabandista. Lástima tener que apresar al padre...

—¡Qué maravilloso si pudiéramos seguir así!—le dijo una noche en que Julia había ido a verle a su casa.

—No, no podemos—contestó ella con tristeza—. He de romper una promesa que hice a mi padre... Te quiero tanto, Miller, que no podría irme sin decírtelo.

—¿Qué?

—Nos vamos... A Sud América... Al mar del Sur... no sé... Me pidió que no lo dijera a nadie, pero nos vamos.

El instinto profesional de Miller se aguzó y consideró que, sin duda, Kirk había sospechado y pretendía huir, por lo que era preciso provocar los acontecimientos...

—Pero ¿de veras te marchas?

—Quizá mañana. Y no sé por qué.

—¡Cuánto lo siento!

—Quizá sea mejor... Me parece haber pasado toda una vida de felicidad en estas dos semanas... Y ninguno de sus pesares... Déjemoslo así.

—Lo piensas de veras, Julia?

—Sí... Tengo miedo del mañana... sin ti.

—Por qué pensar en el mañana?

—Siempre recordaré este lugar—murmuró la pobre joven con una tristeza melancólica.

—Y yo, porque estabas tú. Ya ves, tú te vas ahora a otro lugar, y yo sin duda también... ¿Has estado alguna vez en Vermont?

—No.

—Allí no todo es arena y mar, sino tierra. Crecen las plantas, las estaciones cambian, las coass huelen mejor... Aquí, en cambio, todo apesta a pescado podrido... ¡Puerto dejado de la mano de Dios!

—Hay mucha gente como tú, que dice eso...

—¿Como yo?

—Siempre quejándose de cuanto hacen y de donde viven... Siempre navegando en busca de algo que no encuentran... Todo cuanto deseas está aquí... Hasta esta novela que estás escribiendo... Sólo que no la ves.

—Te engañas.

—Llevas viviendo aquí varios años, y apuesto a que no has mirado aún por estas ventanas.

—No podría. No se han lavado nunca.

—Ya lo veo. ¡Ah, los hombres nunca saben cómo es el mar!

—¿Y las mujeres?

—Nosotras sí... Cuándo has estado contemplándolo durante años, esperando a alguien...

—¿A quién esperabas?

—Te presentía.

El dijo con verdadera emoción:

—¿Y te vas?

Julia le miró. Sintió en su alma algo profundo, una atracción que le obligaba a quedarse allí, abandonando incluso a su padre para seguir al hombre que amaba.

—No... Ya no me voy—decidió.

Brillaron de alegría los ojos de él.

—¿No decías que ibas con tu padre?

—He cambiado de pensamiento. Se lo diré tan pronto como vuelva.

—Y ¿cuándo llega?

—Esta noche.

—¿Dónde atraca?

—En el barrio chino.

—Pero si allí no hay conservadurías de atún.

—Es que ahora no trae atunes—dijo ingenuamente—. Fué al Sur por tiburones.

—¿Al Sur?

Las sospechas continuaban perfilándose en él. ¿Al Sur? ¿No habría ido a Oriente en busca de chinos?

El instinto del reporter revivió en él y aun consiguió vencer al del enamorado. Primero que todo era preciso desenmascarar al padre. Además, Julia era inocente del todo...

—Pero ¿qué dirá cuando sepa que no vas con él?

—Armará un poquito de jaleo... Pero yo lo sé manejar...

—Bien, Julia... Te lo agradezco mucho... Te quedarás, y yo me quedaré contigo...

* * *

Kirk instaba a la tripulación para que acelerara la marcha.

—A toda máquina... Quiero llegar antes de que anochezca. Nadie está enterado de mi llegada.

—¿Nadie?—le dijo el segundo.

—No. Ya se dió a los guardacostas un falso indicio sobre nuestro punto de atraque.

Y el barco continuaba acercándose al puerto, mientras el periodista Miller ponía en conocimiento de la policía las indudables sospechas que albergaba.

—Es algo seguro. Vamos a cogerles *in fraganti*.

—Usted sueña, como otras veces. ¿Qué pruebas tiene?

—Oigalas bien. Primero. Cuando todos venden el atún a buen precio, Kirk pesca tiburones... Segundo, se marcha de aquí mañana temprano. Tercero, atraca en el barrio chino esta noche...

—¿Y qué pito tocan ahí los tiburones?

—Quizá sea una excusa para ir más allá de la frontera. Como se marcha mañana, intentará pasar la última partida. Hay que ir con cuidado y sorprenderle. Nos ocultaremos

hasta que atraque y sólo saldremos para pescarle con las manos en la masa.

—Conformes... Acepto.

Y se ocultaron durante la noche por el muelle denominado del Barrio Chino, en espera del navío, que no tardó en aparecer... Y apenas hubo amarrado, los policías y Miller saltaron a bordo, pistola en mano.

Vieron un enorme tiburón sobre cubierta y, sentado junto a él, al capitán Kirk.

Al verles, el capitán hizo un gesto despectivo.

—No se cansan ustedes de vigilarme, ¿eh? Pues están perdiendo el tiempo, porque no tengo cuentas con la justicia.

—Eso lo habremos de ver.

—No tengo inconveniente. Pero ante todo, déjenme que icen este tiburón... A ver... Despacio... No deis golpes y no uséis ganchos... No quiero que ese bicho suelte las tripas—gritó a la tripulación.

Y al ver a Miller, que sonreía, le increpó:

—¿Qué hace usted aquí?—le dijo mientras la policía buscaba por el barco.

—Busco la historia que le prometí.

—Cuando descargan, no quiero a nadie en mi barco.

—¿Que no quiere?

—Salga de aquí o le parto la cabeza.

Miller siguió riendo.

—Lo que partirá pronto es piedra. Y por veinte años.

—¿Yo?

—Sí. Es lo que dan por el contrabando.

—¡Imbécil!

Mc Coy había subido también a bordo y se encaraba ridículamente con el capitán, a quien decía:

—No se ponga flamenco... Soy Mc Coy.

Miller examinó rápidamente el tiburón y luego, mirando a Kirk, que lo observaba con recelo, le dijo:

—¿Ha leído usted alguna vez la Biblia, Kirk?

—¿Por qué?

—¿No le ha contado nadie la historia de Jonás y la ballena?

—No me gusta meterme en historias.

Volvieron los policías.

—¿Encontraron algo?—dijo Kirk, sonriente.

—Nada en absoluto... Otra falsa alarma, Miller. Ni por casualidad acierta usted una vez.

—Conque eso fué idea suya, ¿eh?—dijo Kirk, indignado.

—No dé órdenes en mi barco.

Miller contempló el tiburón, izado ya sobre el muelle.

—Conque nunca acierto, ¿eh?

—¡Ya estoy harto de estos periodistas!

—Conque soy un torpe, ¿no? ¿Tiene alguien un cuchillo?

—Tome.

—Pero ¿qué va usted a hacer?—protestó Kirk.

—¡Atrás y no se muevan!

Y desgarrando de un cuchillazo las entrañas del tiburón, cayó de su vientre un chino, maniatado y desvanecido.

—Les engañaba, ¿eh?... ¿Qué dice a ello, Kirk?

Pero Kirk, furioso por el descubrimiento, echó a correr, seguido de un policía, que le dió el alto. Como el capitán no quisiera detenerse, disparó sobre él y debió herirle, pues Kirk cayó al suelo, pero levantándose prestamente, consiguió perderse en la oscuridad.

—¡Todo el mundo detenido!—dijo el jefe de policía a los tripulantes.

Miller sonreía orgullosamente, y por primera vez fué felicitado por la policía y por la prensa toda, que alabó su fina perspicacia.

Aquella noche los diarios dieron cuenta del descubrimiento del contrabando, tributando a Miller merecidos elogios.

—Magnífica información!—le dijo el director—. El número extraordinario salió hace diez minutos... Le aumento el sueldo cinco dólares. Busque ahora a Kirk... No puede andar lejos... Fué mal herido.

Pero Miller le miró con indignación.

—Completaré la información... Pero puede guardarse su miserable aumento... La completaré y me iré para no volver a ver eso...

Y mirando a Mc Coy, que le había acompañado, agregó:

—Puedes quedarte con mi empleo... con este sitio... y con todo.

—Pero ¿te vas?—le dijo Mc Coy.

—Sí... Me voy lo más lejos posible... Para olvidar las barbaridades que he hecho.

—¿Por qué dices eso?

—Siento remordimiento... He cometido una canallada con Julia... Amo a esa mujer... Ella creía en mí y yo me he valido de sus informaciones para detener a su padre y para que lo hiriesen.

—Si túquieres, yo acabaré la información.

—He de seguir... Demasiado sabes tú eso.

—Hubiera querido hacerla yo!

Ahora sentía un profundo dolor y pensaba en que, cuando Julia se enterase de la verdad, le tacharía de traidor.

En tanto, Julia estaba bien ajena al suceso.

Pensaba en las alegrías de su amor con Miller, cuando un chino vino a anunciarla:

—Su padre está mal herido... Dice buscar doctor... Corra.

—¿Mi padre?... ¿Qué ha ocurrido?

—No perdamos tiempo... Pronto.

Marcharon los dos hacia el escondite del muelle donde

se había ocultado Kirk, gravemente herido... Un amigote que era médico y formaba parte de la banda de contrabandistas le cuidaba.

Le extrajo la bala sin anestésico, haciéndole padecer de modo insopportable... La herida era muy grave y pronto comprendió el doctor que no había nada que hacer.

No tardó en aparecer Julia y se produjo una escena desgarradora.

—Ese maldito reporter puso a la policía sobre aviso... y me pescaron.

No quiso ella saber a qué clase de negocios se dedicaba su padre, y sólo el nombre del delator acudió cruel a su imaginación.

—Sí, se llama Miller—continuó Kirk—. Alguien le dijo en dónde iba a desembarcar esta noche... Tengo que pasar la frontera... no quieras saber de qué me acusan... Búscame una gasolinera.

—Yo me ocuparé de eso... Los dos tenemos que irnos de aquí—dijo ella llorando y con un deseo de abandonar cuanto antes aquel paraje, donde había florecido la traición.

—No está en condiciones de marcha—advirtió el médico.

—Si puedo subir esa escalera, salgo esta noche—dijo Kirk.

—Vaya con cuidado. Si tiene hemorragia, se muere.

—No... no... Prepara el bote... Y mete provisiones para cuatro días, Julia.

Salió la joven, llorando. Y cerca encontró al periodista Miller, que buscaba, con verdadero dolor de su corazón, el rastro de Kirk.

—¿Qué quiere usted? Nos ha traído usted la desgracia, traidor.

—Siento haberte arrastrado a ti en esta aventura...

—No se preocupe por mí... Es él, mi padre.

—No... El se lo merecía... Eres tú... Te amaba... No lo sabía... Lo sé ahora...

—Me quería, ¿eh?... Lo hizo por detener a mi padre. Por eso está aquí ahora...

—No—dijo él con amargura, viendo el dolor reflejado en los ojos de la joven—. Vine para que sepas una cosa cierta... Anoche dije la verdad. Te amaba... Y siempre te querré.

—No hable de amor... Tanto ha removido en el cieno del muelle, que nada significa ya para usted... Cree encontrar a mi padre, ¿eh? Pues bien, intételo, y si lo hace, le encontrarán a usted muerto por ahí...

Y marchó furiosa, mientras Miller, desconcertado, continuaba con tristeza sus gestiones en busca de Kirk, hasta encontrar el lugar donde estaba oculto.

¡Oh, no quería detenerlo, sino incluso proporcionarle la libertad! Pero cuando Kirk, que se encontraba solo a la sazón, le vió descender por las escaleras, cogió un revólver y, a pesar de su estado, disparó contra él, hiriéndole.

—Ya no escribirás más historias sobre mí, miserable...

Retorciéndose de dolor, Miller contestó:

—Sí las escribiré... Aún escribiré su obituario...

—¡Oh, no, no lo escribirás!—dijo con voz cada vez más débil—. Al amanecer estaré ya muy lejos... en la frontera.

Miller adivinó la grave herida de Kirk, el seylo de muerte que le envolvía y murmuró siniestro:

—Sí... Pero no en la frontera mexicana.

Al cabo de pocos momentos volvió Julia que, al ver a Miller en el suelo, gritó asustada:

—¿Qué le pasa?

Kirk sonrió cruel:

—Le pegué un tiro.

—Se lo tenía bien merecido—dijo Julia ocultando su piedad.

El periodista, ante la presencia de la mujer amada, volvió a estremecerse:

—Tienes razón, Julia... te jugué una mala partida...

—Vamos... vamos—dijo Kirk—. Tenemos que marcharnos ya...

—Y aunque su hija intentó ayudarle, se dobló sin fortaleza ya.



No quería llevar más allá su misión.

—No lo conseguirás, Kirk... Ni siquiera puedes subir esas escaleras...

—Debo marcharme... Me moriré aquí... Debo irme lejos.

—Ya te ayudaré yo, padre.

Pero tampoco la muchacha podía. Y entonces, Miller, levantándose fatigosamente—por fortuna su herida no era

muy grave—, se acercó a Kirk y le ayudó a subir la escalerita.

Había hecho un daño irreparable a aquella mujer, había sido causa del fin de aquel hombre... El contrabando estaba descubierto... No quería llevar más allá su misión...

Y él mismo ayudó a poner en la barca a Kirk... Nada había ya que hacer... Moría el pescador poco después... Pero sus ojos envolvieron a Miller, que le había ayudado a última hora, en una mirada de perdón...

* * *

Miller tuvo que ir al hospital, donde permaneció varios días. Pero cuando se restableció, fué un día a ver a la linda Julia, que permanecía aún en la misma casa... Y habló con tanta sinceridad de su dolor, de cómo él había tenido que limitarse a cumplir con su deber y descubrir a Kirk, que se dedicaba desgraciadamente a negocios inconfesables, que ella, que sentía la vida amargada por la soledad, acabó por concederle su perdón y con ese perdón el amor que iba a borrar diferencias y a formar un hogar en que todo tuviera un resplandor sagrado.

F I N

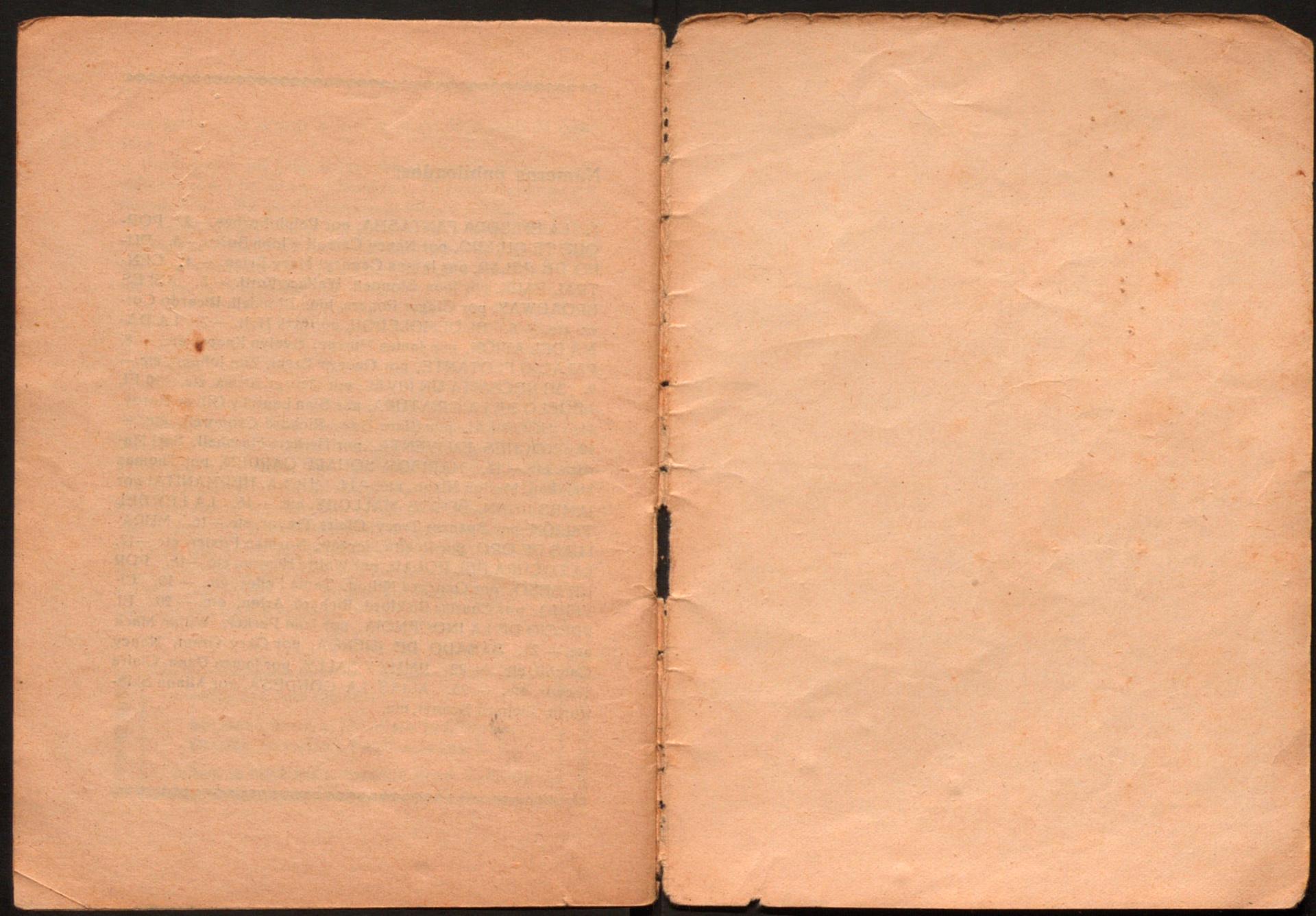
Distribución para España:

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16.-BARCELONA :: Evaristo S. Miguel, 11.-MADRID

Números publicados:

1. LA EMISORA FANTASMA, por Ralph Forbes.—2. POR QUÉ TE QUIERO, por Nancy Carroll y John Boles.—3. DURÓ DE PELAR, por James Cagney, Mary Brian. — 4. CENTRAL PARK, por Joan Blondell, Wallace Ford. — 5. ASÍ ES BROADWAY, por Ginger Rogers, Joan Blondell, Ricardo Cortez, etc. — 6. EL DEMOLEDOR, por Jack Holt. — 7. LA DAMA DEL AVIÓN, por James Murray, Evelyn Knapp, etc. — 8. PALACIO FLOTANTE, por George Brent, Zita Johann, etc. — 9. SE NECESITA UN RIVAL, por George Arliss, etc. — 10. EL ABUELO DE LA CRIATURA, por Stan Laurel y Oliver Hardy. 11. ¡HOOP-LA!, por Clara Bow, Richard Cromwell, etc. — 12. NOCHES EN VENTA, por Herbert Marshall, Sari Maritza, etc. — 13. MADISON SQUARE GARDEN, por Thomas Meighan, Marion Nixon, etc. — 14. ¡HOLA, HERMANITA! por JAMES DUNN, BOOTS MALLORY, etc. — 15. LA LEY DEL TALIÓN, por Spencer Tracy, Claire Trevor, etc. — 16. MURLAS DE ORO, por Rosita Moreno, Norman Foster, etc. — 17. LA LOCURA DEL DOLAR, por Walter Huston, etc. — 18. POR UN BESO, por Georges Milton, Tania Fedor, etc. — 19. CIVISMO, por Charles Bickford, Richard Arlen, etc. — 20. EL PRECIO DE LA INOCENCIA, por Jean Parker, Willard Mack etc. — 21. SÁBADO DE JUERGA, por Gary Grant, Nancy Carroll, etc. — 22. JIMMY Y SALLY, por James Dunn, Claire Trevor, etc. — 23. ALIAS LA CONDESA, por Alison Skipworth, Richard Bennet, etc.





Carmen
Marta i Blanca
Bartra

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS

TELEF. 18841 - BARCELONA